No me prometas silencio

La armonía no exige que uno de los dos calle



Laura Bellini

No me prometas silencio

La armonía no exige que uno de los dos calle

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904374

ALL-IN Rafał Płonkowski

ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Las condiciones del sonido 10
Capítulo 2 - Las reglas de la cercanía 20
Capítulo 3 - Lo que no se escucha..... 33
Capítulo 4 - Más allá de la partitura..... 44
Capítulo 5 - El derecho a marcar mi propio ritmo..... 58
Capítulo 6 - El sonido entre nosotros 68
Capítulo 7 - Entre lo que se ha dicho 80
Capítulo 8 - En mi mundo 90
Capítulo 9 - El riesgo de sonar juntos 103
Capítulo 10 - No solo entre las notas..... 113
Capítulo 11 - Una mañana sin promesas.....123
Capítulo 12 - Los resultados que no figuraban en el informe 133
Capítulo 13 - El precio de una decisión 145
Capítulo 14 - Lo que tememos perder 156
Capítulo 15 - Todo lo que no dijiste 166
Capítulo 16 - El límite que no voy a retirar 179
Capítulo 17 - Cuando solo queda la verdad.....189
Capítulo 18 - El primer paso sin garantías 198
Capítulo 19 - La armonía exige valor 211
Capítulo 20 - No me prometas silencio 220

INTRO

En una sala de conciertos, lo más fácil era escuchar aquello que no debería estar allí.

Aquella mañana era un chasquido seco procedente del lado derecho del escenario. Se repetía después de cada palmada, con un retraso tan breve que la mayoría de las personas lo habría confundido con parte del propio sonido. Yo lo distinguía perfectamente. Estaba en medio del patio de butacas vacío, con una carpeta bajo el brazo y un lápiz entre los dedos, intentando convencerme de que solo era un eco de los operarios que el día anterior habían retirado las viejas sillas. En realidad, sabía que aquel chasquido podía arruinar por completo el proyecto en el que llevaba trabajando tres semanas.

Sobre el plano extendido en los asientos de la primera fila había marcado la nueva disposición de la orquesta: el piano un poco más cerca del centro, las cuerdas formando un semicírculo suave y los instrumentos de viento ligeramente más atrás, para que no cubrieran la frase de la solista. No quería reconstruir el escenario desde cero ni convertir aquella sala en un espacio moderno y aséptico. Su personalidad residía en la madera, en sus proporciones y en aquella manera tan particular de devolver el sonido a quien lo escuchaba antes de que tuviera tiempo de desvanecerse. La reforma debía salvarla, no borrarla.

Tenía cuarenta años y experiencia suficiente para saber que la palabra «visión» a menudo era una forma elegante de llamar a la obstinación de alguien. Aun así, no pensaba renunciar a mi proyecto solo porque una persona con casco lo considerase problemático. Me habían contratado para

desarrollar el concepto musical de la reapertura de la sala. No para presentarme al final, contemplar las paredes terminadas y adaptar a ellas un repertorio que no supusiera ningún riesgo para nadie.

Me coloqué el lápiz detrás de la oreja y subí al escenario. Desde el lugar donde debía situarse el violonchelo, di una palmada y después otra. El sonido regresó de manera irregular. Desplacé la silla medio metro, repetí la prueba y percibí la diferencia. Precisamente por eso necesitaba acceder a la sala antes de que comenzara la siguiente fase de las obras. Sobre el papel se podía mover cualquier cosa sin consecuencias. En la realidad, un solo elemento mal colocado podía quitarle a la música todo su espacio para respirar.

—Si piensa mover el mobiliario, debería avisar primero al equipo.

La voz llegó desde la entrada del patio de butacas. Me volví demasiado deprisa y el lápiz cayó sobre las tablas. Un hombre estaba de pie en el pasillo entre las filas, sin casco, vestido con un abrigo oscuro y con un rollo de planos bajo el brazo. No tenía aspecto de haber venido a admirar los avances de la reforma. Su rostro era sereno y su mirada, atenta, como la de alguien acostumbrado a comprobar si las cosas se ajustaban a lo prometido sobre el papel.

—No estoy moviendo el mobiliario. Estoy comprobando la disposición -respondí.

—La silla forma parte del mobiliario.

—Y el escenario no es un museo.

Una comisura de sus labios se movió, aunque no llegó a llamarlo sonrisa. Se acercó unos pasos y se detuvo junto a la primera fila. No subió al escenario sin que lo invitara. Me fijé

en aquel pequeño detalle, aunque no quería reconocer que tuviera importancia.

—Kazimierz Las -se presentó-. Me encargo de la acústica del proyecto.

—Ludwika Gaj. Me encargo de que, después de la reforma, haya una razón para venir aquí.

—Es una responsabilidad ambiciosa.

—La suya tampoco parece precisamente limitada.

Esta vez sonrió de verdad, brevemente y sin intentar desarmarme. Había algo en él que dificultaba clasificarlo con facilidad: no se apresuraba a responder, pero tampoco fingía no haber escuchado una provocación. En lugar de mirarme, dirigió la atención al plano que descansaba sobre uno de los asientos.

—¿Quiere colocar las cuerdas más cerca de la pared lateral?

—Unas decenas de centímetros. Así la solista no tendrá que competir con el piano por el espacio.

—Y el sonido reflejado en esa superficie regresará hasta ella con cierto retraso.

—Precisamente por eso quiero comprobarlo.

—No he dicho que no pueda comprobarlo. He dicho que no podemos dar por sentado el resultado.

No me gustó que tuviera razón en aquella cuestión tan concreta. Me gustó todavía menos el tono con el que lo expresó: sin superioridad, sin darme una lección teatral. No me ofrecía ninguna excusa cómoda para ignorarlo.

—¿Tiene mediciones? -pregunté.

Durante unos instantes observó el escenario, como si estuviera evaluando no solo sus dimensiones, sino también todo lo que todavía podía salvarse de él. Después desplegó uno de los planos. Vi una sección transversal de la sala, las indicaciones de los paneles y varias anotaciones hechas con lápiz rojo. Uno de los números estaba rodeado por un círculo, pero la hoja se deslizó bajo su mano antes de que pudiera leer la descripción.

—Tengo datos preliminares -dijo-. Todavía necesito una medición más en unas condiciones similares a las definitivas.

—¿Cuándo?

—Cuando la sala esté preparada para hacer una prueba.

—Para entonces podría ser demasiado tarde para cambiar la disposición.

—Y su propuesta podría resultar demasiado cara si descubrimos que exige modificar una pared.

No había ninguna amenaza en su voz. Era un límite que no estaba dispuesto a cruzar solo para facilitarme el trabajo. Sentí irritación, pero debajo de ella apareció algo mucho menos práctico: curiosidad. No intentaba ganar la conversación. Quería que viera el problema antes de que lo llamara obstáculo.

—No le estoy pidiendo que dé su aprobación a ciegas -dije-. Le estoy pidiendo la oportunidad de probar una solución antes de que alguien la descarte.

—En ese caso, tenemos que establecer exactamente qué vamos a comprobar.

—¿Vamos?

—Si yo debo responder de la acústica y usted de la música, alguien tiene que asegurarse de que no estamos trabajando con dos salas diferentes.

Aquella frase sonó más razonable de lo que me habría gustado. Miré el plano y después a él. Me fijé en una pequeña mancha de polvo en el puño de su camisa y en un cansancio que no intentaba ocultar ni con prisas ni con seguridad profesional. No sabía si sería posible llegar a un acuerdo con aquel hombre, pero por primera vez aquella mañana pensé que quizá merecía la pena intentarlo.

—El viernes tengo un ensayo con el cuarteto -dije-. Si para entonces no hemos decidido la disposición, perderé la fecha y a los músicos.

—Yo tengo un equipo que el lunes cerrará el acceso a la parte lateral del escenario. Si ahora le prometo algo que el edificio no puede soportar, perderemos mucho más que una fecha.

No respondí inmediatamente. Por las ventanas altas entraba una luz pálida que dejaba al descubierto el polvo suspendido sobre las filas de asientos. La sala parecía un lugar detenido entre lo que había sido y lo que alguien quería convertirla. Yo tenía mi propio proyecto, personas esperando una decisión y demasiado poco tiempo para permitir que la prudencia de otro se transformara en inmovilidad. Él tenía unas mediciones que todavía no quería mostrarme por completo y una responsabilidad que no pensaba descargar sobre mis hombros.

Recogí las hojas del asiento. Una de ellas, la que mostraba el semicírculo de las cuerdas, se había quedado pegada a la superficie de madera por la humedad. Kazimierz extendió la mano, pero se detuvo a medio camino,

esperando a que yo decidiera si quería su ayuda. Le ofrecí una esquina del plano. La sujetó con cuidado, sin rozarme los dedos.

—¿Mañana a las ocho? -preguntó-. Haremos pruebas con varias disposiciones. Sin prometer que ninguna vaya a quedarse definitivamente.

—A las ocho tengo una reunión con el director de orquesta.

—¿A las nueve?

—A las nueve puedo estar aquí.

—De acuerdo.

Enrolló los planos y se marchó en dirección a la salida lateral. No volvió la cabeza y yo tampoco lo llamé para preguntarle por aquel número rodeado en rojo. Todavía no. Me quedé en el escenario con un proyecto que había dejado de ser exclusivamente mío y con la desagradable intuición de que la parte más difícil de la reforma no sería convencer al edificio de que sonara de otra manera.

Lo más difícil podía ser descubrir cuánta verdad éramos capaces de decirnos antes de que cada uno empezara a defender su propia versión del silencio.

Capítulo 1 - Las condiciones del sonido

Al día siguiente llegué a la sala de conciertos unos minutos antes de las nueve. La reunión con el director de orquesta había terminado más tarde de lo previsto, pero todavía había tenido tiempo de revisar mis notas y hacer dos correcciones en el plano. No quería empezar la conversación justificándome por mis propios horarios. Tenía argumentos más que suficientes y no necesitaba excusas adicionales.

Kazimierz me esperaba en el escenario. Esta vez llevaba un jersey oscuro y una camisa con las mangas remangadas. A su lado había dos trípodes de medición, un pequeño altavoz y un maletín con aparatos cuyo funcionamiento no pensaba aventurarme a adivinar. Sobre uno de los asientos descansaba su rollo de planos, sujeto con una escuadra metálica.

—¿La puntualidad no es precisamente su punto fuerte? - preguntó cuando entré.

Miré el reloj.

—Faltan dos minutos para las nueve.

—Precisamente por eso lo he dicho.

—Y precisamente por eso todavía no he empezado a defenderme.

Sonrió ligeramente y señaló el escenario.

—He preparado tres variantes de medición. Me gustaría que empezáramos con la disposición que usted propuso, pero sin desplazar nada de forma permanente.

—No tenía pensado atornillar las sillas al suelo.

—Bien. Entonces ya tenemos nuestro primer acuerdo.

Dejé la carpeta en el borde del escenario y saqué el plano. La noche anterior había perfeccionado la distribución teniendo en cuenta las observaciones que Kazimierz había alcanzado a plantear. No había cambiado la idea principal. Solo había desplazado el piano unos centímetros y mantenido la posición de los instrumentos de cuerda tal como la consideraba más favorable para el conjunto.

Kazimierz se inclinó sobre el dibujo. No hizo ningún comentario de inmediato. Comparó el plano con su propia sección transversal de la sala. Había algo en su manera de trabajar que al mismo tiempo me irritaba y despertaba mi interés. No trataba el papel como una prueba definitiva. Lo examinaba como si cada línea tuviera que justificar de nuevo su existencia.

—¿Por qué ha colocado el piano aquí? -preguntó.

—Porque la solista tendrá mejor contacto visual con el director. Con la distribución actual tiene que girar la cabeza para ver sus manos. En los pasajes largos eso resulta incómodo.

—¿Y si lo desplazamos hacia el otro lado?

—Perderíamos espacio para el violonchelo.

—Podemos cambiar el ángulo de colocación.

—También podríamos trasladar el violonchelo al balcón, aunque no creo que al músico le hiciera mucha gracia.

Kazimierz se apartó del plano y me miró con expresión divertida.

—¿Siempre negocia de esta manera?

—Solo cuando alguien propone soluciones que quedan muy bien sobre el papel.

—Entonces tenemos un problema parecido.

No respondí. Me acerqué al piano, que por el momento estaba colocado junto a la pared lateral. El instrumento todavía no estaba preparado para tocar, pero bastaron unas pocas notas para escuchar cómo reaccionaba el espacio a su presencia. Pulsé suavemente varias teclas, primero en el registro medio y después en el grave. El sonido se extendió ampliamente, aunque en el último acorde apareció una desagradable superposición. No era un problema que pudiera solucionarse simplemente cambiando de sitio el instrumento.

—¿Lo oye? -pregunté.

—Sí.

—Eso es precisamente lo que quiero reducir.

—No solo con la disposición de los instrumentos.

—Lo sé. Por eso estamos aquí.

Durante unos instantes nos miramos por encima de la tapa abierta del piano. No había nada en aquella mirada que pudiera interpretar como hostilidad. Más bien era la cautela de dos personas acostumbradas a tomar decisiones basándose en criterios diferentes. Yo empezaba por lo que debía escuchar alguien sentado en la última fila. Kazimierz, por lo que el edificio era capaz de ofrecer sin comprometer su propia estabilidad.

—Póngase en el centro del patio de butacas -dijo-. Activaré una señal de prueba. Quiero que describa las diferencias entre las tres disposiciones.

—Una señal de prueba no es música.

—No. Pero nos permitirá distinguir un problema de la sala de otro que dependa de una interpretación concreta.

Bajé del escenario y ocupé un asiento en la séptima fila. Kazimierz puso en marcha el dispositivo. Del altavoz salió un breve impulso, seguido de una serie de tonos de distintas frecuencias. No se parecía a ninguna composición que hubiera querido escuchar jamás, pero permitía detectar las diferencias en la reflexión del sonido. Con la primera disposición, el sonido era uniforme, aunque un poco demasiado seco. En la segunda aparecía un eco más evidente desde el lado derecho. La tercera ofrecía una mayor sensación de espacio, pero a costa de la precisión.

—La segunda queda descartada -dije.

—¿Por qué?

—Porque con esta configuración los sonidos se superpondrán. En los pasajes rápidos, las cuerdas perderán claridad.

—¿Y la tercera?

—Mejor para el coro, peor para un conjunto de cámara.

—¿Y la primera?

—Es la más segura, pero no me contrataron para este proyecto para que eligiéramos la solución más segura.

Kazimierz apagó el dispositivo.

—Esa frase podría causarnos problemas.

—En ese caso, menos mal que la he dicho ahora y no durante la reunión con el inversor.

Durante la siguiente media hora comprobamos otros puntos. Kazimierz movía el micrófono, modificaba el nivel de la señal y anotaba los resultados. Yo recorría los pasillos entre las filas, me sentaba en distintos lugares, comparaba las reflexiones y señalaba en el plano las zonas donde las diferencias se percibían con mayor claridad. No siempre

coincidíamos en nuestras valoraciones. A veces tenía la impresión de que confiaba demasiado en las cifras; otras, debía admitir que mi primera impresión había sido incompleta.

En un momento determinado me pidió que me sentara en la última fila.

—Aquí será donde peor se escuche -dijo.

—¿Por qué?

—Por la geometría de la pared posterior. Una parte de la energía sonora regresa de una manera que no podremos corregir únicamente modificando la disposición del escenario.

—¿Y si cambiamos los materiales?

—Entonces tendremos que comprobar qué podemos hacer sin intervenir en los elementos cuya estructura no se puede alterar.

—Así que no está todo decidido todavía.

—No he dicho que lo esté.

Me levanté y me acerqué a la pared. A varios metros de altura se veía un fragmento de la antigua decoración, parcialmente oculto por los andamios. Los paneles de madera tenían tonalidades diferentes. Algunos parecían haber sido sustituidos, mientras que otros conservaban las huellas de muchos años de uso.

—Me gustaría que esto se conservara -dije.

—¿En su estado actual?

—Si es posible.

—Esa no es una respuesta técnica.

—No todo lo que importa en una sala de conciertos puede describirse técnicamente.

Se colocó a mi lado, aunque mantuvo cierta distancia. Miró la pared y después el fragmento decorativo.

—No pienso eliminar algo solo porque sea antiguo -dijo-. Pero si este elemento afecta a la seguridad o provoca reflexiones incontroladas, no puedo fingir que no lo veo.

—¿Y si existe alguna manera de conservarlo?

—Entonces seré el primero en proponerla.

Giré la cabeza hacia él. Su respuesta había sido tranquila, sin poses profesionales. Me sorprendió que no intentara convencerme apelando a la normativa. En lugar de eso, había establecido un límite y dejado espacio para buscar una solución.

—De acuerdo -dije-. Entonces dejaré de suponer que su objetivo es convertir esta sala en una caja recubierta de material fonoabsorbente.

—Y yo dejaré de suponer que cada una de sus propuestas es un intento de someter el edificio a su propia visión.

—Eso suena a progreso.

—Para ser nuestro segundo día de colaboración, no está nada mal.

Regresamos al escenario. Kazimierz desplegó un plano de mayor tamaño y señaló una zona marcada con lápiz rojo. Se encontraba en el lado derecho del patio de butacas, aproximadamente a la altura de la octava fila. Junto a ella aparecía una cifra y una breve anotación que no conseguí descifrar desde donde estaba.

—¿Qué hay aquí? -pregunté.

Durante un instante mantuvo el dedo sobre la marca.

—Una zona que requiere una comprobación adicional.

—¿Por las reflexiones?

—Entre otras cosas.

—¿Tenemos resultados?

—Parciales. No quiero sacar conclusiones antes de terminar las mediciones.

No sonó como una negativa. Más bien parecía un límite establecido deliberadamente. No tenía intención de presionarlo, aunque memoricé el lugar señalado en el plano. Si íbamos a trabajar juntos, necesitaba saber cuál era nuestra situación real. Al mismo tiempo, no quería exigirle una respuesta que él todavía no consideraba definitiva.

—De acuerdo -dije-. Pero si esa zona afecta a la disposición del conjunto, necesito saberlo antes de aprobar el plano.

—Por supuesto.

Hizo una anotación en el margen. Me di cuenta de que, con cada cambio de disposición, registraba no solo los valores, sino también el motivo por el que habíamos introducido la modificación. Eso era más importante de lo que podía parecer. En mi trabajo con músicos me encontraba a menudo con personas capaces de afirmar que algo no funcionaba, pero incapaces de explicar por qué. Kazimierz, al menos, intentaba separar la observación de la interpretación.

En la siguiente medición le propuse que invirtiéramos el orden. Quería comprobar primero la posición del piano y distribuir después las cuerdas. Kazimierz protestó al principio porque consideraba que los resultados serían más

difíciles de comparar. Le propuse registrar por separado las condiciones de cada prueba. No tuve que insistir demasiado para convencerlo.

—Le gusta tener el control del desarrollo del trabajo - observó mientras trasladábamos el trípode.

—Me gusta saber por qué hacemos las cosas.

—No siempre es lo mismo.

—¿Y a usted le gusta separar ambas cuestiones?

—Profesionalmente, tengo que hacerlo.

—¿Y en su vida privada?

Me miró con un interés evidente.

—En mi vida privada intento recordar que no todas las conversaciones son una medición.

No respondí inmediatamente. Era el primer momento de aquel día en que la conversación dejaba de girar exclusivamente alrededor de la sala. No tanto como para considerarla personal, pero sí lo suficiente para que percibiera un cambio de tono. Me volví hacia el piano y pedí otra prueba.

Antes del mediodía ya teníamos varios resultados útiles. Ninguno resolvía el problema por completo, pero nos permitía descartar dos variantes y señalar una que merecía la pena desarrollar. Kazimierz resumió las mediciones y yo introduje las correcciones en el plano. Acordamos que no aprobaríamos la disposición definitiva hasta comprobarla con la formación real. Eso significaba organizar un ensayo adicional, pero era un precio que estaba dispuesta a pagar.

—¿El viernes? -pregunté.

—Si conseguimos preparar el escenario.

—Necesito una confirmación antes de que termine el día.

—La tendrá.

Cerré la carpeta. Kazimierz guardó los dispositivos en el maletín y volvió a mirar el plano. Durante unos instantes pareció ausente, como si alguno de los resultados no encajara con sus suposiciones anteriores. Cuando se dio cuenta de que lo observaba, dobló la hoja y la introdujo en el rollo.

—¿Pasa algo? -pregunté.

—Tengo que comparar los resultados de hoy con los anteriores.

—¿Puedo ver el conjunto de datos?

—Cuando tenga todo completo.

Acepté su respuesta, aunque no terminó de convencerme.

—Solo le pido que recuerde que no podemos tomar decisiones basándonos en datos que no conocemos los dos.

—Lo recuerdo.

Salimos del escenario casi al mismo tiempo. Al llegar a la puerta, Kazimierz se detuvo para dejarme pasar primero. No era un gesto que necesitara comentario alguno, pero lo noté. Igual que noté que no intentó terminar nuestra conversación con un apretón de manos profesional ni con la promesa de que todo saldría bien.

—Hasta el viernes, señora Ludwika.

—Hasta el viernes, señor Kazimierz.

Cuando llegué al pasillo, saqué el teléfono y comprobé el mensaje del director de orquesta. Había confirmado la formación y la hora del ensayo. Le respondí que la sala

debería estar preparada, aunque todavía no le prometí nada más.

Detrás de la puerta escuché cómo Kazimierz volvía a abrir su maletín. Después sonó brevemente uno de los aparatos y regresó el silencio. Durante un instante tuve ganas de volver y preguntarle qué estaba comparando exactamente con las mediciones anteriores. No lo hice. Teníamos un plan acordado y no quería empezar nuestra colaboración traspasando los límites de la otra persona.

Aun así, mientras bajaba las escaleras, mis pensamientos no se limitaban a la acústica. Kazimierz Las no era un hombre que cediera con facilidad, pero tampoco intentaba demostrar su valía imponiéndose a los demás. Sabía escuchar y después responder con algo más que un asentimiento cortés. Había algo atractivo en ello, aunque todavía no pensaba ponerle nombre.

Por el momento tenía trabajo que hacer. Y un hombre con el que debía aprender a realizarlo sin perder mi propia voz ni la paciencia.

Capítulo 2 - Las reglas de la cercanía

El mensaje de Kazimierz llegó al día siguiente a las diez y diecisiete.

«El ensayo del viernes es posible. El escenario estará disponible a partir de las catorce. Sin embargo, necesitamos acordar el orden de las operaciones y el alcance de los cambios que podemos probar sin intervenir en la estructura».

Lo leí dos veces. No porque fuera especialmente complicado, sino porque esperaba una confirmación breve, no otra lista de condiciones. Le respondí que podía reunirme con él por la tarde para hablar de los detalles. Añadí que quería conversar no solo sobre la disposición de los instrumentos, sino también sobre quién tomaría las decisiones definitivas relacionadas con el escenario.

La respuesta llegó unos minutos después.

«Propongo tomar un café fuera de la sala. Será más fácil hablar sin el ruido de las obras».

Durante un instante me quedé con el teléfono en la mano. La invitación tenía un carácter profesional, pero su forma dejaba un pequeño margen para la interpretación. No pensaba llenarlo con suposiciones. Acepté quedar a las cinco de la tarde en una cafetería cerca de la plaza Litewski.

Todavía me quedaban varias horas de trabajo. Revisé las partituras, llamé al director de orquesta y corregí la distribución de los ensayos. Después fui a casa para dejar la carpeta con los materiales que no necesitaría durante la reunión. Antes de salir, me quedé un momento frente al espejo, preguntándome si debería cambiarme de camisa.

Finalmente decidí no hacerlo. No iba a una cita. Iba a acordar las condiciones de trabajo con un hombre que tenía la costumbre de hacer preguntas a las que no siempre me apetecía responder.

La cafetería era pequeña, con ventanales altos y mesas suficientemente separadas para poder conversar sin necesidad de levantar la voz. Elegí una junto a la pared, desde donde podía ver la entrada. Pedí un té y saqué mi cuaderno. Kazimierz apareció unos minutos después de las cinco. Llevaba una americana azul marino sobre una camisa clara. Ya no parecía el hombre que pasaba medio día en una obra, aunque sus manos todavía conservaban pequeñas marcas del trabajo.

—Espero no haberla molestado -dijo.

—Ha sido usted quien ha propuesto quedar.

—En ese caso, espero que no se arrepienta de haber aceptado la invitación.

—Todavía no he tomado una decisión.

Se sentó frente a mí.

—Entiendo. Tendré que aprovechar bien los primeros cinco minutos.

Pidió un café solo, sin azúcar. Cuando el camarero se alejó, sacó de su bolso varias hojas y las colocó sobre la mesa. Esta vez no eran planos de toda la sala, sino un documento con las posibles disposiciones y observaciones sobre las limitaciones técnicas.

—He preparado una propuesta -comenzó-. Me gustaría que acordáramos unas reglas antes de empezar a modificar cualquier cosa basándonos en pruebas aisladas.

—Le escucho.

—En primer lugar, ninguna de las partes aprobará por su cuenta cambios que afecten al trabajo de la otra. En segundo lugar, probaremos todas las variantes en condiciones lo más parecidas posible a las reales. Y, en tercer lugar, si aparece un problema estructural, no intentaremos solucionarlo trasladando la responsabilidad a otra persona.

—Eso último suena a que tiene experiencia en el asunto.

—Por desgracia.

No hice más preguntas. En su lugar, leí el documento. Era concreto, pero le faltaba algo.

—Aquí no dice nada sobre quién será responsable de la disposición definitiva del escenario.

—Porque no quería incluir algo que todavía tenemos que acordar.

—Entonces acordémoslo. Usted se encarga de la seguridad, la acústica y las posibilidades técnicas del edificio. Yo me encargo de la distribución de los intérpretes, la claridad de las partes musicales y las condiciones de trabajo de los músicos. Ninguna de las partes puede modificar el ámbito de responsabilidad de la otra sin consultarlo.

—Estoy de acuerdo.

—Y una cosa más. No quiero que mis propuestas se traten como un complemento decorativo de un proyecto técnico que ya está terminado.

Kazimierz apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—No la han invitado para decorar el escenario.

—Ya he conocido a personas que opinaban lo contrario.

—No soy responsable de ellas.

Lo dijo sin énfasis excesivo. No intentó convencerme de que sería mejor que quienes me habían precedido. Precisamente eso hizo que, por primera vez desde el comienzo de la reunión, dejara el bolígrafo sobre la mesa.

—Bien -dije-. Entonces necesito también tener acceso a los resultados de las mediciones en las que basa sus decisiones.

—Por supuesto. Le facilitaré los informes correspondientes a las distintas variantes.

—¿Todos?

Durante una fracción de segundo, su mirada se desplazó hacia los documentos.

—Todos los que sean relevantes para nuestro trabajo.

Aquella expresión no me gustó. La relevancia era una categoría que podía utilizarse fácilmente para dejar fuera los datos incómodos.

—Preferiría decidir yo misma qué es relevante para mi parte del proyecto.

—Es razonable. Prepararé los informes de manera que pueda seguir los resultados y no limitarse a ver las conclusiones.

Acepté la respuesta. No era perfecta, pero contenía una promesa que más adelante podría comprobar.

Pasamos al calendario. Kazimierz explicó que algunos elementos de la sala quedarían cerrados antes de la siguiente fase de las obras, por lo que el ensayo del viernes debía proporcionarnos información suficiente para seleccionar dos variantes que seguiríamos estudiando. No quería tomar decisiones bajo la presión de una fecha límite,

pero entendía que la reforma no podía esperar hasta que yo estuviera completamente satisfecha.

—Necesito un mínimo de dos ensayos con el conjunto -dije-. Uno con la disposición básica y otro después de introducir las correcciones. De lo contrario, estaremos comparando posibilidades teóricas con una interpretación real.

—Dos ensayos significan más tiempo para el equipo.

—Lo sé. Puedo organizar a los músicos en bloques más cortos.

—No quiero que el ahorro de tiempo afecte a la calidad de las pruebas.

—Y yo no quiero que renunciemos a hacerlas solo porque resulte complicado incluirlas en el calendario.

Guardó silencio durante unos instantes mientras examinaba sus notas.

—Un ensayo el viernes y otro la semana siguiente. Si para entonces tenemos suficientes datos, prepararemos las dos variantes.

—¿Y si no los tenemos?

—Entonces no fingiremos que tenemos una respuesta.

Aquella frase me gustó más de lo que estaba dispuesta a reconocer. No me prometía una solución sencilla. Admitía que había cosas que todavía desconocía.

—De acuerdo -dije-. Pero quiero que los dos estemos presentes durante los ensayos.

—No tenía intención de delegarlo en nadie.